

## PEDRO DE VALDIVIA TRES VECES MUERTO<sup>1</sup>

*Miguel Donoso*

Pontificia Universidad Católica de Chile

*Si no es persona de quien esperan alguna grande suerte, o están muy encarnizados contra él por haberles hecho muchos daños [...] entonces le hacen hincar de rodillas, y [...] le da uno por detrás con una porra en la cerviz, y luego cae sin sentido en el suelo. Y le abre uno por el pecho, y le saca el corazón palpitando, y otro le corta la cabeza, otro la una pierna, y otro la otra, para hacer flautas de sus canillas; y otro tirando del cuerpo le arrastra, y le echa fuera de la rueda, hacia la parte de el enemigo, a que se le coman los perros y las aves. El que le sacó el corazón le clava con un cuchillo [...] y como estandarte de victoria le baja y le despedaza en menudos pedazos, y los va repartiendo entre los caciques para que le coman el corazón a aquel que tan inhumanamente despedazaron ...*

(Diego de Rosales, *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano*, tomo 1, pp. 128-129).

Es bien sabido que en la lucha entre los españoles y el pueblo mapuche<sup>2</sup> la batalla de Tucapel marcó un antes y un después en la Guerra de Arauco. La masacre de Pedro de Valdivia y sus hombres no solo señala con letras de sangre la muerte del

<sup>1</sup> El presente trabajo se enmarca en una investigación más amplia, que es la elaboración de una edición crítica y anotada de la crónica de Alonso de Góngora Marmolejo, cuyo manuscrito data de 1575. Todas las citas provienen del original, único texto fiable por ahora, del cual modernizo la grafía, ortografía y puntuación y corrijo erratas.

<sup>2</sup> Opto por este etnónimo para referirme a los indígenas que vivían en el centro-sur de Chile a la llegada de los españoles, aunque es palabra que no aparece sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII (véase el revelador trabajo de Boccara, 1999, pp. 426-427).

primer gobernador del reino de Chile, sino que da cuenta del momento en que se produce el verdadero alzamiento del indio y la pérdida de ese temor atávico que le producía el español montado a caballo, al que consideraba como un dios. En una ya legendaria arenga a los indígenas, Alonso, el indio mozo de cuadra de Pedro de Valdivia, ahora vuelto a sus raíces como Lautaro, abre los ojos de sus hermanos de sangre destruyendo el mito de la inmortalidad de los conquistadores, que se cansan y sudan igual que ellos. De la mano de este mismo Lautaro aparecerá por primera vez la brillante estrategia militar mapuche de los escuadrones de relevos.

La voz de los vencidos –los españoles en la batalla de Tucapel– es la única que ha llegado en forma escrita hasta nuestros días. La de los vencedores –el pueblo mapuche– no llegó a ver la forma impresa, dado el carácter oral de su lengua, y se volatilizó entre las fiestas y el regocijo indígena; de esta manera, solo conservamos testimonios escritos por españoles –las crónicas– de esta trágica batalla, mientras que en el caso de los indígenas debemos conformarnos con una tradición oral que ha perdido la memoria debido al paso del tiempo y ha debido hacer suyas las mismas versiones cronísticas de los hispanos.

A pesar de los siglos transcurridos, la batalla de Tucapel conserva unos ribetes legendarios propios de hechos tan famosos y conocidos de todos como lo son la prueba del tronco que determinó la elección de Caupolicán como toqui mapuche, el martirio del mismo Caupolicán ensartado en una pica e incluso la mutilación de las manos del valeroso Galvarino. Como veremos, la muerte del conquistador extremeño para nada desmerece tales hazañas y cruentos hechos. ¿Cómo murió realmente Pedro de Valdivia? La respuesta indefectiblemente está teñida de leyenda<sup>3</sup>, porque ¿quién no ha leído o escuchado alguna vez versiones que hablan de que con los huesos de Valdivia los indios hicieron flautas, con su piel tambores y con su cráneo un singular vaso para beber chicha?<sup>4</sup> Pero la pregunta plantea en realidad la imposibilidad de una respuesta cierta, porque todos los españoles que participaron en tan violenta refriega perecieron trágicamente, salvando con vida tan solo un par de indios de servicio.

<sup>3</sup> No se trata del único caso de muerte legendaria en la conquista de América. Un ejemplo bien cercano lo constituye la muerte de Moctezuma en México (véase para este tema, Kohut 2004).

<sup>4</sup> Las fuentes de estas creencias son escritas. Ya Alonso de Ovalle consignaba en su crónica de 1646 respecto de la muerte de Valdivia: “Lo que yo hallo probable, por ser muy conforme a la costumbre de estos indios, es que hicieron trompetas de las canillas de sus piernas, y que guardaron la cabeza para testimonio de tan insigne victoria y para animar con su memoria a la juventud y descendencia a emprender semejantes hazañas y mostrarse tan valerosos en ellas, como ellos lo habían sido en ésta” (*Historia relación del Reino de Chile*, p. 290).

En este trabajo pretendo mostrar cómo es que la muerte de Valdivia escapa a lo meramente histórico y llega a convertirse en un hecho fabuloso o legendario. Para esto voy a comparar las distintas versiones que de su muerte se recogen en las tres crónicas españolas de la historia del Chile del siglo XVI que se han conservado.

Hagamos un poco de memoria. Por los años en que en España Miguel de Cervantes daba sus primeros pasos –corre el año 1548– la expansión territorial en el reino de Chile estaba en su pleno apogeo. Bajo la férrea dirección de Pedro de Valdivia se sucedía la fundación de importantes ciudades: a Santiago y La Serena se suman ahora las de Concepción, Imperial, Ciudad Rica –hoy Villarrica–, Angol y Valdivia, por nombrar las más relevantes, y los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén. En 1549 el propio Valdivia había viajado en polémicas circunstancias a Lima (tras el sorpresivo secuestro en Valparaíso de un barco en que viajarían a la ciudad de los Reyes, con un cargamento de oro, buena parte de los ciudadanos de Santiago, a todos los cuales dejó literalmente plantados en el puerto), de donde volvió tras un accidentado viaje que incluyó su detención por esta causa en Arica, el tener que retornar preso a Lima y finalmente su liberación por el virrey Pedro de la Gasca. Finalmente, Valdivia va a regresar a Santiago con un nuevo contingente de hombres que vino a reforzar las diezmadas tropas del reino de Chile. Entre estos soldados de refuerzo desembarca en Valparaíso Alonso de Góngora Marmolejo, hidalgo proveniente de Carmona (Andalucía), y al que hallamos instalado en Santiago en abril de 1551. De ahí pasa a la Concepción, donde integrará la expedición que Valdivia preparaba para proseguir la conquista de los territorios australes. El soldado debió de ser aventajado, ya que se las ingenió para conservarse con vida en las innumerables escaramuzas que por esta época libraron los españoles con los indígenas. Año tras año verá el paso de nuevos gobernadores: después de la muerte de Valdivia, se suceden García Hurtado de Mendoza, Francisco de Villagra, Pedro de Villagra, Rodrigo de Quiroga y, finalmente, el denostado licenciado Bravo de Saravia. Góngora Marmolejo morirá esperando de ellos un beneficio económico proporcional a sus años de servicios a la Corona, que nunca llegará. Ascendido al grado de capitán, escribe a partir de 1572 una crónica fundamental en la conquista de Chile: la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, que concluirá en 1575, pocos meses antes de su muerte. La crónica, de estilo ágil y elegante, posee además dos características relevantes: en primer lugar, la patente humildad del autor, el cual, sin que nos demos cuenta, evita todo protagonismo en la obra, dejando fluir el recuerdo de unos hechos en los que, como nos podemos enterar, participó activamente. El otro aspecto es el interesante retrato moral que hace de cada uno de los gobernadores en cuyos periodos sirvió como militar. Uno de ellos es Valdivia. La elección de esta crónica como núcleo central de este trabajo no es casual: todo su extenso capítulo 14 está dedicado a narrar las circunstancias en que se

produjo la traición de Lautaro y la posterior masacre del conquistador y sus hombres en la batalla de Tucapel.

Antes de pasar al relato, quisiera recordar brevemente que las crónicas de Indias se pueden agrupar en dos tipos fundamentales: las testimoniales (también llamadas presenciales, que siguiendo el principio de la *adtestatio rei visae* incluyen regularmente todo ‘lo visto y oído’ por el cronista) y las documentales (se basan en documentos previos y no en la experiencia directa del cronista). La de Góngora Marmolejo pertenece indudablemente al primer grupo: se trata de una crónica testimonial, tal como él mismo se encarga de señalar, ya que escribe sobre unos hechos en los que ha intervenido directamente. Cuando no (caso del episodio de la muerte de Valdivia, que es el que nos interesa), recurre al testimonio de gente conocida, señalándolo en la crónica, con lo que ese pasaje pasa a ser “testimonio de oídas”. Tan cierto es esto que de haber estado presente Góngora Marmolejo en la batalla de Tucapel no habríamos tenido esta crónica veinte años después. Con respecto a las últimas horas de Valdivia, el autor apoya su relato en la narración que del episodio le hizo un indio sobreviviente del desastre:

El cómo murió [Valdivia] y de la manera que dicho tengo, yo me informé de un principal y señor de el valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso y servía a Valdivia de guardarropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razón, que estuvo presente a todo y escapó disfrazado en hábito de indio de guerra sin ser conocido, y aquella noche llegó a la casa fuerte de Arauco y dio nueva de todo lo sucedido a los que en ella estaban, los cuales se fueron a la Concepción, que estaba de allí nueve leguas, antes que los indios les cerrasen el camino (Góngora Marmolejo, fol. 53).

Pasemos entonces a los hechos. Corría el año 1553 y se produjo un gran levantamiento indígena en la provincia de Tucapel, donde estaba la casa fuerte del mismo nombre. Los defensores de la fortaleza, liderados por el capitán Martín de Ariza, se vieron obligados a huir al fuerte de Purén. Por aquellos mismos días, Valdivia salió de la Concepción con cuarenta soldados. No llevó más hombres porque “en aquel tiempo eran los indios tenidos en poco, como gente que no sabía pelear ni aun tenían ánimo para ello; mas después que conocieron los caballos y trataron a los cristianos, supieron defender sus tierras” (Góngora Marmolejo, fol. 48v.). Tras visitar una explotación de oro, partió a la casa fuerte de Arauco. Informado allí del peligro en que estaban los de Tucapel, deja en Arauco cuatro soldados y parte a Tucapel con treinta y seis hombres. Los indios se le adelantan y queman el fuerte, alentados por Lautaro, el cual había sido criado de Valdivia y le había servido de mozo de establo. Góngora Marmolejo reproduce de modo indirecto las palabras con que Lautaro exalta los ánimos de los mapuche:

en voz alta les comenzó a decir que los cristianos eran mortales como ellos y los caballos también, y se cansaban cuando hacía calor más que en otro tiempo alguno; que si ellos querían pelear bien no dudasen sino que los desbaratarían, y echarían de sí el yugo de servidumbre tan áspero, y que entendiesen que no era nada lo que al presente servían y trabajaban en comparación de lo mucho que habían de trabajar ellos y sus hijos y mujeres; que quisiesen más como hombres morir una muerte noble, defendiendo sus casas, que no vivir siempre muriendo, y que si querían estar por lo que él les dijese, que les daría orden cómo habían de pelear y de lo que habían de hacer para desbaratallos (Góngora Marmolejo, fol. 49).

Los caciques, del todo convencidos por Lautaro, ponen manos a la obra y organizan a los combatientes en escuadrones de relevo, sistema reconocido, según los historiadores de la estrategia militar, como un ingenioso y astuto invento de los guerreros mapuche.

No menos de cincuenta mil indios<sup>5</sup> esperan a Valdivia junto al fuerte Tucapel. La catástrofe se anticipa: Valdivia envía a cuatro soldados –denominados “corredores”– a descubrir el camino, los cuales son emboscados y muertos por los indios. Estos cuatro soldados se suman al pequeño grupo ya antes destacado en Arauco, de lo cual se puede desprender que efectivamente parece que Valdivia mira en menos la capacidad bélica de los indios y no teme rebajar su contingente, dispersándolo, hecho que a la larga traerá consecuencias desastrosas para él y sus hombres<sup>6</sup>. Sin duda, estamos ante un Pedro de Valdivia que, descuidado, ha bajado la guardia; en palabras de Cedomil Goic, el conquistador ha perdido la *prudencia* que siempre lo caracterizara en la dirección de la conquista de Chile y que tantos éxitos le granjeara en este proceso (Goic 1992: 118). Después de este fatídico hecho, que todavía desconoce, el gobernador sigue su ruta y algo más adelante los indígenas le arrojan al paso, en el camino, el brazo despedazado de uno de los soldados de avanzada, el cual conserva aún la manga del jubón. La señal es tan evidente que Agustín, un yanacona que Valdivia había criado desde pequeño, le advierte que lo mejor es regresar. Valdivia, animoso como siempre, no le presta oído. Al llegar a la vista del fuerte encuentran sus

<sup>5</sup> Sobre el tema de la superioridad numérica de los indígenas y su posible exageración por los cronistas españoles, véase Bengoa 2003, pp. 236-237.

<sup>6</sup> En la anónima “Carta de aviso de la muerte de Pedro de Valdivia”, *Memorial Histórico Español*. Tomo IV, p. 415, bien se señala que a su muerte Pedro de Valdivia “dejó la tierra en muy gran confusión, especialmente en tener la gente muy derramada: los unos estaban en el Estrecho; el señor general Francisco de Villagrán en el Lavo, que es la costa arriba, haciendo un pueblo; y otros estaban haciendo un pueblo llamado Los Confines, y otros estaban en las minas”.

restos aún humeantes, mientras los indios, emboscados en los alrededores, salen de sus escondites y arremeten contra ellos con fuerza. Valdivia divide a sus soldados en tres cuadrillas, que se enfrentan una y otra vez, sin descanso, con los escuadrones mapuche que, amparados en el sistema de relevos instaurado por Lautaro, pelean durante un periodo y luego se retiran, para ser reemplazados inmediatamente por otros de refresco. Aunque los españoles causan muchas bajas a los indígenas, el cansancio y las múltiples heridas hacen presa en ellos. Una última arremetida de los conquistadores no logra el efecto deseado, mientras los escuadrones indígenas se siguen sucediendo uno tras otro. Muertos tres de sus hombres, Valdivia opta por reunirlos y en su desesperación les dirige unas palabras que inmortaliza Góngora Marmolejo: «“Caballeros, ¿qué haremos?”». La respuesta de los suyos no se hace esperar: «El capitán Altamirano, natural de Medellín, hombre bravo y arrebatado, le respondió: “¡Qué quiere vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y muramos!”» (Góngora Marmolejo, fol. 51). Con tal estado de cosas vuelven a atacar a los mapuche, pero fracasan y proceden a retirarse abandonando todo el bagaje en manos de los indios, confiados en que el pillaje los distraerá. Nada de esto, sin embargo, ocurre: Lautaro, hombre determinado como el que más, les ordena acabar con los agotados y malheridos cristianos. El ímpetu valeroso de los españoles les permite aún matar una gran cantidad de indígenas, pero finalmente se ven obligados a volver las espaldas para huir al fuerte de Arauco, que es el que tienen más cerca. La huida es desastrosa, ya que todos los pasos están cerrados y uno tras otro los españoles van cayendo en los caminos o bien en los pantanos, fáciles presas de las lanzadas de los indios. Prosigo con el relato de Góngora Marmolejo:

Valdivia, como llevaba tan buen caballo, pudo pasar algo más adelante, siguiéndole un capellán que consigo traía, clérigo llamado el padre Pozo. Llegado a una ciénega, atolló el caballo con él. Acudieron los indios que la estaban guardando, y como estaba en aquella necesidad fatigado, lo derribaron de el caballo a lanzadas y golpes de macanas. Teniéndolo en su poder lo desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos, y así atado lo llevaron a pie casi media legua, sin quitalle la celada borgoñona que llevaba, que aunque lo probaron muchas veces no acertaron a quitársela; y como era hombre gordo y no podía andar tanto como querían, llevábanlo algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él, hasta un bebedero, donde llegados con él se juntaron todos los indios y repartieron toda la ropa y despojo por su orden entre los señores (Góngora Marmolejo, fol. 52).

Su yanacona Agustín logra dificultosamente quitarle la celada (imposible no recordar aquí, aunque no sea más que para hacerle un guiño a Cervantes, el episodio en que el ventero y sus mozas intentan quitarle a don Quijote su celada en esa primera salida del hidalgo en el *Quijote* de 1605). Valdivia, viéndose con traductor, promete

a los indios sacar a los españoles del reino y darles dos mil ovejas a cambio de su vida, pero la respuesta es negativa:

los indios, para dalle a entender que no querían concierto alguno, le hicieron al yanacona pedazos delante de él. Viendo el padre Pozo que no aprovechaban amonestaciones con aquellos bárbaros, hizo de dos pajas que par de sí halló una cruz y persuadióle a bien morir, diciéndole muchas cosas de buen cristiano, pidiendo a Dios misericordia de sus culpas. Mientras en esto estaban, hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de arveja de la mar, que ellos llaman *pelto* en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca (teniendo espadas, dagas y cuchillos con que podello hacer, no quisieron por dalle mayor martirio), y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios, lo mataron a él y al capellán, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demás de cristianos, que no les escapó ninguno (Góngora Marmolejo, fols. 52-52v.).

Hasta aquí el estremecedor relato del soldado. Se hace necesario destacar, de la extensa relación de estos hechos, el elemento ritual presente en la descripción de la horrible muerte de Valdivia: la antropofagia ritual simbolizada por la forma en que se le da muerte y la posterior ingestión por parte de los vencedores de los antebrazos del valiente conquistador enemigo, que pasa así a “pertenecer”, a “ser poseído” o de alguna manera “aprehendido” en su singular valor, vigor y fiereza por sus captores. Se trata —en palabras de Boccara— de construir el “sí mismo” en un movimiento de apertura caníbal hacia el “otro”: “Todo lo que se hacía en las prácticas y representaciones de la guerra tendía a la asimilación de las cualidades del enemigo; así, durante el combate los guerreros hacían todo lo posible para capturar un objeto que simbolizara al otro” (Boccara 1999, p. 437). James George Frazer, en su ya clásico trabajo, examina las fuentes de esta primitiva creencia, explicando que “el salvaje comúnmente cree que comiendo la carne de un animal u hombre adquiere no solo las cualidades físicas, sino también las cualidades intelectuales y morales que son características del animal o del hombre; así que, cuando la criatura se considera divina, nuestro ingenuo salvaje espera naturalmente absorber una parte de su divinidad junto con su substancia material” (Frazer, 561). Determinadas partes del cuerpo —no solo la carne y la sangre en sentido genérico— gozan de especial “favor” para suscitar en los comensales bravura, sabiduría y otras cualidades en que los “comidos” o “devorados” destacaban. Algunas, como el corazón, son bien conocidas en su simbolismo en la tradición occidental; otras que enumera Frazer, muy codiciadas por un pueblo africano con el cual ejemplifica, son más llamativas: el hígado, las orejas, la piel de la frente, los testículos, todas las cuales eran separadas del cuerpo del occiso, incineradas y guardadas sus cenizas para posteriormente ingerirlas en ciertos rituales y así transmitir las virtudes del muerto a los jóvenes guerreros (Frazer, 564). No extraña

entonces que en algunas versiones cronísticas, como se puede ver más abajo, lo ingerido sea el corazón del conquistador<sup>7</sup>. Además, no cualquier cuerpo era bueno para comer: debía ser el de un enemigo famoso y valiente, y “en tal caso el cautivo era decapitado y su cabeza empleada como recipiente-trofeo para las ceremonias guerreras” (Boccaro 1999, p. 438). Esto puede explicar la extraña suerte que corre Valdivia con sus captores en el relato de Góngora, los cuales se hartan comiendo sus antebrazos, quizá como una forma de apropiarse de la fuerza y maestría con que el conquistador debió en vida empuñar la espada, y le cortan la cabeza, como se aprecia al final de la narración, conservándola clavada en una lanza.

El hecho evidentemente recuerda otros sanguinarios ritos propios de algunos pueblos nativos de la América precolombina, como el de los aztecas que sacrificaban los prisioneros de guerra a su dios Huitzilopochtli y aún vivos les extraían el corazón que ofrendaban a su divinidad, para luego proceder a precipitarlos desde lo alto de sus pirámides. Análoga costumbre está atestiguada entre los guerreros del antiguo Egipto, que comían el corazón de los guerreros enemigos más valerosos, versión, ya está dicho, no ausente en nuestros cronistas.

Vamos ahora a los otros dos relatos. Jerónimo de Vivar escribe una crónica con el llamativo título *Crónica y relación copiosa y verdadera hecha de lo que yo vi por mis ojos y por mis pies anduve y con la voluntad seguí, en la Conquista de los reinos de Chile en los 19 años que van desde 1539 hasta 1558*. Es decir, abarca hasta cinco años después de la muerte de Pedro de Valdivia. Su relato de los últimos momentos del gobernador, contenido en el capítulo 115 de la crónica, coincide en lo sustancial con el ambiente belicoso descrito por Góngora, pero se aparta de este al presentarnos a un Lautaro que inicialmente aparece combatiendo junto a las huestes españolas, para después, presintiendo el final desastroso al cual estas se encaminan, pasarse a las filas enemigas y acaudillar a los indios. El combate es sangriento y a la hora de vísperas ya no quedan más que Valdivia y nueve españoles, todos muy malheridos y con los caballos maltratados. Los demás españoles han muerto. Ante el desolador panorama, Valdivia decide volver a Arauco, pero en un lugar llamado Pelmaiquén le matan a los españoles restantes y es hecho prisionero. A través de un yanacona pide clemencia a los indios, lo cual genera entre ellos una tremenda

<sup>7</sup> Véase, en lo referente al tema del corazón (*piuke*) en el pueblo mapuche, considerado como el lugar de la decisión, de la voluntad, de los afectos y de los sentimientos, el trabajo de Boccaro 1997, pp. 184-188. Más detalles de estas prácticas guerreras mapuche en general pueden consultarse en el capítulo séptimo del libro de José Bengoa, titulado “La guerra ritual”, y especialmente en el apartado correspondiente a *Rito y sacrificio* (Bengoa 2003, pp. 238-242).



discusión sobre qué hacer con su vida. Un mal indio, llamado Teopolicán<sup>8</sup>, que era señor de aquella zona, se rebela contra tamaña indecisión, que no comprende, y señala a los indios «que qué hacían con el *apo*, que por qué no le mataban, que “muerto ese que manda a los españoles fácilmente mataremos a los que quedan”» (Vivar, p. 171). Tras esto, el relato de la muerte del conquistador es bastante parco: Caupolicán lo ultima de un simple lanzazo<sup>9</sup>, contrastando esta versión con la más extensa y cruda descripción que de tan angustioso trance nos ofreciera Góngora Marmolejo. A continuación la narración persigue el destino de los restos de Valdivia:

[Los mapuche] llevaron la cabeza a Tucapel y la pusieron en la puerta del señor principal en un palo, y otras dos cabezas con ella, y teníanlas allí por grandeza, porque aquellos tres españoles habían sido los más valientes, y contaban cosas del gobernador y de los dos españoles que habían hecho aquel día (Vivar, p. 171).

Culmina el relato con un nuevo testimonio que refrenda que las fuentes que tuvo a la vista el autor para este episodio fueron de oídas; además, realiza un pequeño homenaje a los españoles caídos en el campo de batalla:

No anduvieron las lanzas de los españoles aquel día tan perezosas, ni las espadas anduvieron tan botas de filos, que setecientos indios mataron, y yo oí decir a algunos indios que más de esto. Me informé de yanaconas ladinos e indios que allí se hallaron y escaparon (Vivar, p. 171).

El último y más tardío relato corresponde a la crónica de Pedro Mariño de Lobera, titulada *Crónica del Reino de Chile*, que abarca desde los tiempos de Diego de Almagro hasta los de la muerte del cronista, acaecida en Lima en 1594. Su texto original se ha perdido, ya que el manuscrito redactado por Mariño fue encontrado en

<sup>8</sup> Las variantes gráficas del nombre del toqui *Caupolicán* en las crónicas, debidas a la ausencia de una tradición escrita en la lengua mapuche, son diversas: en Góngora Marmolejo aparece siempre como *Queupulicán*; Alonso de Ercilla muestra notables vacilaciones, con las variantes *Caupolicán* (p. 110), *Cupolicán* (p. 119), *Caupolicano* (p. 120) e Hijo de *Leocán* (p. 123), etc.

<sup>9</sup> Con la misma sencillez descriptiva y en análogas circunstancias se relata la muerte del conquistador en la *Carta de aviso de la muerte de Pedro de Valdivia*, pp. 414-415: “Al gobernador tomaron preso y le tuvieron tres días vivo. Queriéndole ya soltar para que se fuese a la Concepción, y estando en esto vino un cacique diciendo que qué hacían con él, y por qué no lo habían muerto, y tomó una hacha y matolo con ella, de manera que le mataron a él y a otros cincuenta hombres”.

Lima por García Hurtado de Mendoza y entregado al jesuita Bartolomé de Escobar para que lo corrigiera estilísticamente. Desgraciadamente, el padre Escobar no se limitó solo a esto y le metió mano al manuscrito con el ánimo de transformarlo en un panegírico del propio Hurtado de Mendoza, desvirtuando el propósito original de su autor. El relato de la muerte de Valdivia que nos ha llegado está contenido en el capítulo 43 del texto, marcado a fuego con estas palabras del conquistador: “Aunque estoy viejo, soy Valdivia, y no dejo de ser Valdivia aunque soy viejo” (Mariño de Lobera, p. 334a); con esta frase el tozudo Valdivia se arroja a la lucha, picado su amor propio por algunos de sus capitanes más imprudentes e inexpertos, empeñados en demostrar a toda costa su gallardía y desechando una prudente retirada a Arauco. También aquí Agustinillo, su yanacona, lo urge a regresar, porque las cosas se ponen feas, pero el capitán hace caso omiso. Según Mariño de Lobera, los españoles alcanzan un número de 63 hombres, pero los indios a los cuales se enfrentan —unos 150.000— superan largamente la cantidad registrada por Góngora Marmolejo y por Vivar. La descripción que hace de Lautaro merece un comentario aparte: aparece en esta crónica como el indio en que se encarna un espíritu demoníaco que precipita las cosas a un trágico fin. A él achaca Mariño de Lobera la responsabilidad por los más de cuarenta años de cruenta guerra sostenida entre los españoles y el pueblo mapuche, los mismos años transcurridos desde la muerte de Valdivia. Al pasarse al bando enemigo, el “diabólico” Lautaro se convierte en líder y estrategia de los indígenas, a los que guía lanza en mano. Uno tras otro caen muertos los hombres de Valdivia. Este y su intérprete Agustinillo, finalmente hechos prisioneros, son llevados en volandas ante Lautaro y Caupolicán. Resulta reveladora en esta parte de la crónica la interrupción del relato por parte del padre Escobar para apuntar la incertidumbre que existe sobre el verdadero fin de Valdivia, y agrega además que el propio Mariño de Lobera se salvó de la muerte al quedarse el día anterior a los hechos en las minas visitadas por Valdivia al salir de Concepción. Vamos ahora a lo sustancial: esta crónica recoge dos versiones de la muerte del conquistador. La primera es la que presentaba el manuscrito original de Mariño de Lobera, recogida entre los yanaconas que lograron escapar del desastre. En esta versión, Valdivia comparece ante Caupolicán, el cual titubea ante las promesas del español de retirarse del reino, actitud que desespera al cacique Pilmaiquén. Este —según se nos narra— era vasallo de Juana Jiménez, una criada de Valdivia con la cual este habría tenido unos amoríos, y el susodicho Pilmaiquén, rebelándose contra el que había sido su señor, “levantó una gran porra que tenía en las manos y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia haciéndole pedazos la cabeza” (Mariño de Lobera, p. 336b). Agrega que el propio Lautaro atravesó con su lanza a Agustín, el intérprete de Valdivia, con el cual, como criados que eran ambos del mismo señor, mantenía ciertas rencillas. Apúntese además que la

misma versión reproduce Alonso de Ercilla en el canto tercero de *La Araucana*<sup>10</sup>. La otra versión de la muerte de Valdivia recogida en la crónica de Mariño de Lobera procede del propio padre Escobar, la cual, aunque carente de fuente cierta, tiene la ventaja –según él– de ser la comúnmente aceptada, “por ser [...] tan verosímil y tan digna de saber y proporcionada a las trazas del Cielo” (Mariño de Lobera, p. 337a). Es sin duda la versión de la muerte del conquistador que guarda los ribetes más fantásticos o novelescos de todas las aquí revisadas: al llegar Valdivia prisionero entre los indios, se arma una gran fiesta y regocijo entre ellos y es objeto de muchas burlas y escarnio. Para rematar estas fiestas los indígenas

trajeron una olla de oro ardiendo y se la presentaron, diciéndole: “Pues tan amigo eres de oro, hártate agora dél, y para que lo tengas más guardado, abre la boca y bebe aqueste que viene fundido”; y diciendo esto lo hicieron como lo dijeron, dándoselo a beber por fuerza, teniendo por fin de su muerte lo que tuvo por fin de su entrada en Chile (Mariño de Lobera, p. 337a)<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Así se narra el hecho en el famoso poema épico: «[...] Maltratado / trujeron a Valdivia ante el senado. // Caupolicán, gozoso en verle vivo, / y en el estado y término presente, / con voz de vencedor y gesto altivo / le amenaza y pregunta juntamente; / Valdivia como mísero captivo / responde, y pide humilde y obediente / que no le dé la muerte y que le jura / dejar libre la tierra en paz segura. // Cuentan que estuvo de tomar movido / del contrito Valdivia aquel consejo; / mas un pariente suyo empedernido, / [...] le dice “¿Por dar crédito a un rendido / quieres perder tal tiempo y aparejo?”. / Y apuntando a Valdivia en el cerebro, / descarga un gran bastón de duro nebro. // [...] / el grave y duro mazo levantando, / recio al cogote cóncavo deciendo / y muerto estremeciéndose le tiende; // así el determinado viejo cano / que a Valdivia escuchaba con mal ceño, / ayudándose de una y otra mano, / en algo levantó el ferrado leño. / No hizo el crudo viejo golpe en vano, / que a Valdivia entregó al eterno sueño / y en el suelo con súbita caída / estremeciendo el cuerpo, dio la vida» (*La Araucana*, pp. 156-158).

<sup>11</sup> Diego de Rosales en su crónica de h. 1673 rechaza la versión del padre Escobar como falsa, aunque no es menos pródigo en pormenores no comprobados; según su relato a Valdivia le mataron a la usanza mapuche, “que fue poniéndole en medio atadas las manos atrás, y estándole hablando los caciques, y baldonándole por haberse querido enseñorear de ellos y de sus tierras, cuando hicieron señas a un capitán que estaba apercebido con una maza, sin que lo viese, le dio por detrás un fiero golpe en la cerviz, de que cayó de espaldas aturdido, y levantando todos los del cerco la vocería y las lanzas, las tendieron sobre el cuerpo muerto, batiendo con los pies la tierra y haciéndola estremecer, para dar a entender que la tierra tiembla de su valentía. En esto llegó uno y, rompiéndole desde la garganta al pecho con un cuchillo, le metió la mano en él, y le sacó el corazón arrancándosele, y así, palpitando, como estaba, y chorreando sangre, se le mostró a todos, y untando con la sangre del corazón los toquis y las flechas, le hizo pedacitos muy menudos, que comieron todos los caciques, y los demás se relamían en su

Así acaba Valdivia: tal como señala Mariño de Lobera, como los grandes, como los Césares, como los Pompeyos, los Marcos Antonios y otros grandes vencedores, todos los cuales vinieron finalmente a morir humillados y vencidos. El carácter de ritual antropofágico que adoptaba la muerte de Pedro de Valdivia en el relato de Góngora Marmolejo es reemplazado por una función aleccionadora, incluso didáctica y ejemplarizadora, en la versión de Mariño de Lobera, debido a que en esta crónica adquiere la forma tradicional de la venganza del indígena contra su enemigo, fundada sobre la base de la justicia conmutativa, si es que la podemos llamar así: se martiriza al prisionero pagándole con su misma moneda, teniendo muy presente el mayor defecto que sus victimarios le imputan: la codicia. Como ha demostrado Boccara (1999, p. 432, nota 8), era habitual entre los mapuches la resolución de conflictos internos a través de la *vendetta* o *tautulun*, sobre todo con el fin de vengar muertes, robos o adulterios, la cual no tiene otro objetivo que la compensación, y no parece haber algún obstáculo que impida aplicar este concepto al caso de guerra que nos ocupa.

No extraña entonces la confusión entre lo histórico y lo legendario que plaga los lejanos recuerdos relativos a la muerte de Pedro de Valdivia. A la heroicidad y al dramatismo de los hechos se suma el que todos los protagonistas españoles fallecieron. Y a lo mejor en el caso de nuestro conquistador es bueno que así fuera: todo héroe necesita de un final mítico que borre u oculte su ignominiosa muerte. Valdivia, por supuesto, no podía ser menos.

Finalizo el trabajo con las palabras –no hay en ellas desperdicio– que Góngora Marmolejo dedica, al final del capítulo 14 y a modo de retrato moral-epitafio, al desventurado conquistador:

Este fue el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto. ¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! Un hombre como este, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros. Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta más es

---

sangre [...] Cortáronle luego la cabeza, y hicieron flautas de sus canillas, y puesta sobre una pica, cantaron con ella victoria, y gastaron mucho tiempo en celebrarla con grandes brindis, fiestas y regocijos, por ver ya libertada la patria. Y como estandarte y pendón de victoria, dejando el cuerpo arrojado para que le comiesen las aves y las fieras, llevaron la cabeza y la clavaron a la puerta de la casa del gran Caupolicán [...] Y últimamente cocieron la cabeza de Valdivia, y en una borrachera que hicieron muy solemne la sacó Caupolicán, y bebía chicha en el casco, y brindaba a los caciques de mayor nombre en él” (*Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano*, t. 1, pp. 437-438).

para más bien suyo, porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cargos grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y [es] Dios servido que después de habellos alcanzado los vengan a perder con inominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navío y se fue con él al Pirú, que fue Dios servido y permitió que por aquel camino que quiso ser señor, por aquel perdiese la vida y estado.

Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Estremadura pequeño, llamado Castuera; hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo; espaldudo, ancho de pechos; hombre de buen entendimiento aunque de palabras no bien limadas; liberal y hacía mercedes graciosamente. Después que fue señor rescebía gran contento en dar lo que tenía: era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien; afable y humano con todos; mas tenía dos cosas con que escurecía todas estas virtudes: que aborrecía a los hombres nobles y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fue dado (fol. 52v.-53).

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Anónimo, “Carta de aviso de la muerte de Pedro de Valdivia”, *Memorial histórico español: colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia*, tomo IV. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, pp. 414-416, 1852.
- Bengoa, José, *Historia de los antiguos mapuches del sur. Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín. Siglos XVI y XVII*. Santiago: Catalonia, 2003.
- Boccaro, Guillaume, *Des Reche aux Mapuche: analyse d'un processus d'ethnogenèse (changements et continuités chez les Indiens du centre-sud du Chili durant l'époque coloniale, XVIème-XVIIIème siècles)*. Tesis de doctorado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1997.
- “Etnogénesis mapuche: resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)”, *Hispanic American Historical Review*, 79.3: 425-461, 1999.
- Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, ed. I. Lerner. Madrid: Cátedra, 1998.
- Frazer, Sir James George, *La rama dorada. Magia y religión*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Goic, Cedomil, “Retórica de las cartas de Pedro de Valdivia”, en Iris M. Zavala (coord.), *Discursos sobre la 'invención' de América*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, pp. 101-121, 1992.

- Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado. Vicios y virtudes que han tenido desde el año de 1536, que lo descubrió el adelantado don Diego de Almagro, hasta el año de 1575, que lo gobierna el doctor Saravia*. Manuscrito de la Real Academia de la Historia de Madrid.
- Kohut, Karl, “El cuerpo del delito. Las versiones sobre la muerte de Motecuhzoma”, en Ignacio Arellano y Fermín del Pino (eds.), *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias. Una propuesta interdisciplinaria* (Actas del V Congreso Internacional de edición y anotación de textos, patrocinado por la Universidad de Navarra y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2-4 de diciembre de 2002). Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2004.
- Mariño de Lobera, Pedro, “Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán D. Pedro Mariño de Lobera, dirigida al excelentísimo Sr. D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Vicerrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús, en *Crónicas del Reino de Chile*”, ed. F. Esteve Barba. Madrid: Atlas, 1960.
- Memorial Histórico Español*. Tomo IV. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852.
- Ovalle, Alonso de, *Histórica relación del Reino de Chile, y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*, ed. Instituto de Literatura Chilena, apéndice de M. Ferreccio. Santiago: Pehuén Editores, 2003.
- Rosales, Diego de, *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano*, ed. M. Góngora. Santiago: Andrés Bello, 2 vol., 1989.
- Vivar, Jerónimo de, *Crónica y relación copiosa y verdadera hecha de lo que yo vi por mis ojos y por mis pies anduve y con la voluntad seguí, en la Conquista de los Reinos de Chile en los xix años que van desde M.D.Xxxix hasta M.D.Lviii* (ed. facsímil del manuscrito), transcripción paleográfica de I. Leonard. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1966.

## RESUMEN / ABSTRACT

La forma como terminó sus días Pedro de Valdivia es de las cuestiones que suscita más controversia al analizar las distintas versiones que sobre tal episodio registran las crónicas y otros testimonios literarios de la época. No solo porque todos los españoles presentes en tal suceso fueron exterminados, sino también porque la tradición oral mapuche se ha perdido y hoy se limita a reproducir las versiones cronísticas. Por otra parte, la forma que adopta la muerte en las distintas versiones —antropofagia, decapitación, lanzada, golpe de macana, hachazo, ingesta de oro derretido— se entremezcla con aspectos etnográficos que resulta interesante analizar. El presente trabajo pretende revisar los textos históricos y literarios y hacer algunos alcances que iluminen un poco este hecho tan traumático para los conquistadores.

PALABRAS CLAVE: Pedro de Valdivia (1500-1553), versiones de su muerte, textos históricos y literarios, Jerónimo de Vivar, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lobera.

*THREE ACCOUNTS OF PEDRO DE VALDIVIA'S DEATH*

*The manner of Pedro de Valdivia's death has given rise to more controversy than any other single fact of his life, as evidenced by the different accounts of that event provided by historical chronicles and contemporary literary renditions. On the one hand, not only were all the Spaniards who witnessed the event themselves killed in the fatal skirmish, but also the original oral Mapuche tradition has been entirely lost and today it merely repeats the versions provided by the chronicles. On the other, the manner itself of Pedro de Valdivia's death as described in the different accounts-cannibalism, beheading, lance-thrust, club-blow to the head, ax-blow to the head, forced ingestion of molten gold-goes hand in hand with ethnographic elements that are here analyzed. The relevant historical and literary texts are reviewed with a view to bringing light to this event which so deeply traumatized the Spanish conquistadors.*

*KEY WORDS: Pedro de Valdivia (1500-1553), versions of Pedro de Valdivia's death, chronicles, literary texts, Jerónimo de Vivar, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lobera.*

Miguel Donoso  
mdonosos@uc.cl